

LOS SIETE INFANTES DE SALAS

Reinando en León don Ramiro III¹, un caballero principal del alfoz² de Lara, llamado Ruy Velázquez, casó con doña Lambra, que era una dama de ilustre linaje, natural de la Bureba y prima hermana del conde Garci Fernández³.

Ruy Velázquez era señor de Vilvestre. Tenía una hermana cuyo nombre era doña Sancha, que era muy virtuosa y que estaba casada con Gonzalo Gustios el Bueno, señor de Salas. Tuvo este matrimonio siete hijos que fueron llamados los siete infantes de Salas. Crió a los siete un buen caballero, que los había adiestrado muy bien en todos los ejercicios caballerescos, de modo que pudieron los siete ser armados caballeros el mismo día por el conde Garci Fernández.

Cuando Ruy Velázquez celebró sus bodas con doña Lambra en la ciudad de Burgos convidó a todos sus amigos de Galicia, de León, de Portugal, de la frontera contra los moros, de Gascaña, de Aragón y de Navarra; también convidó a todos sus amigos de la Bureba y de las demás comarcas de Castilla. Vino a estas bodas Gonzalo Gustios con su mujer doña Sancha, sus siete hijos y don Nuño Salido, que era el caballero que los había criado. Vinieron también otras muchas gentes.

Duraron las fiestas cinco semanas. Hubo en ellas tablados⁴, bohordos⁵, corridas de toros, juegos de ajedrez y muchos juglares. El conde Garci Fernández y todos los grandes señores que allí se habían reunido repartieron muchos regalos y mucho dinero.

Una semana antes de acabar los festejos mandó Ruy Velázquez poner un tablado muy alto en el arenal, al lado del río, e hizo pregonar que daría un rico premio al que lo derribase. Acudieron los caballeros que más se preciaban de saberlo hacer, pero por más que se esforzaron ninguno de ellos consiguió dar en lo alto del tablado ni que su lanza llegara a él. Cuando esto vio un primo hermano de doña Lambra, llamado Alvar Sánchez, montó en su caballo y se fue al tablado; al llegar a él dio en las tablas tal golpe que se oyó en la ciudad. Doña Lambra se alegró mucho cuando supo que había sido su primo quien lo había dado y, llena de orgullo, dijo delante de doña Sancha y de sus siete hijos:

—Ya veis, amigos, cuan esforzado es don Alvar Sánchez: de los muchos caballeros que intentaron dar en lo alto del tablado él ha sido el único que lo ha conseguido. Más fuerte es él que todos los demás.

Doña Sancha y sus hijos lo tomaron a risa; pero éstos estaban tan entretenidos con una partida que habían comenzado que no prestaron mucha atención a las palabras de doña Lambra, excepto Gonzalvico, que era el menor de los siete infantes, y que, sin que sus hermanos se apercibieran, montó a caballo, cogió un bohordo y se fue sin otra compañía que la de un escudero que le llevaba un azor. En cuanto llegó al tablado le dio tal golpe que rompió una de las tablas. Doña Sancha y sus otros hijos, cuando lo oyeron se alegraron mucho; no así doña Lambra, a quien le pesó. Los demás infantes montaron entonces a caballo y se fueron donde estaba su hermano, porque temían que algún despechado promoviera un alboroto, como sucedió, ya que Alvar Sánchez empezó a decir tales cosas que Gonzalo González le respondió del siguiente modo:

—Tan bien manejaís vos la lanza y tanto gustáis a las damas que me parece que no hablan tanto de ningún otro caballero como de vos.

A lo cual contestó Alvar Sánchez:

—Si hablan de mí es con razón y porque comprenden que valgo más que los demás.

Al oír esto Gonzalo González se enfadó tanto que no se pudo contener y se lanzó sobre él con tal violencia que de la puñada que le dio le rompió los dientes y la mandíbula y le hizo caer muerto a los pies del caballo. Doña Lambra, cuando lo supo, empezó a llorar y a lamentarse, diciendo que ninguna mujer había sido tan ultrajada en sus bodas como ella lo era. Ruy Velázquez, al enterarse de esto, cogió una lanza, cabalgó a toda prisa y se dirigió adonde ellos estaban. Cuando llegó levantó la lanza y dio con ella un golpe tan fuerte en la cabeza de Gonzalo González que le hizo echar sangre por cinco sitios. Al verse Gonzalo tan mal herido dijo a Ruy Velázquez:

—Por Dios, tío, yo no merezco que me tratéis así; ruego a mis hermanos que si por ventura muriera de este golpe no quieran vengarse, y a vos os ruego que no me deis otro, porque no sé si entonces me podré contener.

Ruy Velázquez furioso alzó la lanza para darle otro golpe; Gonzalo desvió la cabeza, pero le alcanzó en el hombro con tanta fuerza que se rompió la lanza en dos pedazos. Viendo el infante que no tenía más remedio que defenderse, cogió el azor que tenía su escudero y le dio con él a su tío en la cara, hiriéndole y haciéndole echar sangre por las narices. Ruy Velázquez gritó:

— ¡A las armas! ¡A las armas!

En un momento se juntaron con él todos sus caballeros. Los infantes, por su parte, al ver que aquello iba a acabar mal, si Dios no lo remediaba, se apartaron a un lado con toda su gente. Serían en total doscientos caballeros. Cuando el

conde Garci Fernández y Gonzalo Gustíos, padre de los infantes, se enteraron de esto, fueron donde estaban y los separaron; de este modo la cosa no solo no pasó adelante, sino que el conde y Gonzalo Gustíos lograron también que se reconciliaran e hicieran amigos. Gonzalo Gustíos dijo a su cuñado:

—Ruy Velázquez, vos necesitáis caballeros para hacer la guerra. Moros y cristianos os envidian y temen. A mí me gustaría, si os parece bien, que mis hijos os sirvieran y acompañaran para que vos, a cambio de ello, los favorezcáis. Son vuestros sobrinos y no han de hacer más que lo que vos queráis.

Ruy Velázquez dijo que le placía mucho.

Después de estar todos apaciguados, acabadas las bodas, el conde Garci Fernández salió de Burgos para andar por Castilla y se llevó consigo a Ruy Velázquez y a Gonzalo Gustíos. Doña Lambra y su cuñada doña Sancha, los siete infantes y Nuño Salido, que se habían quedado en Burgos, salieron para Barbadillo. Los infantes, por congraciarse con su tía, se fueron a cazar con sus azores por las riberas del Arlanza. Después de haber cazado muchas aves se las ofrecieron a doña Lambra. Luego se entraron por una huerta, que estaba junto a las habitaciones de doña Lambra, para descansar mientras se preparaba la comida. Gonzalo González se puso entonces en ropas menores, cogió su azor y se fue a bañar. Al verle de este modo, doña Lambra se enfadó y dijo a sus doncellas:

—Amigas, ¿no veis cómo anda don Gonzalo? Yo creo que se ha puesto así para que nos enamoremos de él. Os aseguro que me he de vengar de semejante agravio.

Hizo entonces venir a un criado suyo y le dijo:

—Vete a la huerta, toma un cohombro ⁶ llénalo de sangre y échaselo en el pecho a Gonzalo González, que es el que tiene un azor en la mano. Luego vente a mí y no tengas miedo, que yo te defenderé. De este modo vengaré la muerte de mi primo Alvar Sánchez.

El criado hizo lo que doña Lambra le había mandado.

Al ver los infantes acercarse a aquel hombre creyeron que su tía les mandaba algo de comer porque la comida se retrasaba. Pensaban los infantes que su tía les quería, en lo que estaban muy equivocados. Cuando llegó aquel hombre alzó el cohombro y se lo tiró a Gonzalo González, como su señora le dijo que hiciera. Al verle lleno de sangre, huyó. Sus hermanos se rieron entonces sin saber qué hacer. Gonzalo les dijo:

—Hermanos, hacéis mal en reiros. Del mismo modo me ha hecho esto me podía haber matado. También os digo que si a alguno de vosotros le pasara esto, no tardaría yo mucho en vengarle. Plega a Dios que os tengáis que arrepentir de haberos reído de lo que me han hecho.

Entonces dijo Diego González:

—Es necesario que resolvamos lo que hemos de hacer para no quedar así burlados con tanta mengua de nuestra honra. Yo creo que deberíamos irnos hacia ese hombre con las espadas bajo los mantos; si vemos que nos espera y que no nos teme, será señal de que ha sido una broma y le dejaremos; si huye hacia doña Lambra y ésta le protege será que lo ha hecho mandado por ella. En este caso debe morir, aunque ella lo defienda.

Cuando hubo dicho esto Diego González cogieron todos sus espadas y se fueron hacia la casa. Al verlos venir corrió el criado a ampararse bajo el manto de su señora. Los infantes le dijeron:

—Tía, no os empeñéis en defender a ese hombre.

—¿Por qué no —contestó doña Lambra—, si es mi vasallo? Si hizo algo malo le castigaré; pero no le hagáis nada mientras esté bajo mi protección.

Los infantes se dirigieron a ella, sacaron al criado de debajo del manto y le mataron allí delante. Su sangre manchó las tocas y el vestido de doña Lambra.

Hecho esto, montaron los infantes a caballo, diciendo a doña Sancha que también lo hiciera, y se fueron a Salas, a su casa y tierras. Cuando ya se habían ido mandó doña Lambra poner un catafalco en medio del patio, con paños negros como para un muerto, y lloró sobre él con sus doncellas durante tres días, rasgándose las vestiduras y lamentándose de no tener un marido que la vengara.

Ahora dejaremos a doña Lambra y hablaremos de Ruy Velázquez y Gonzalo Gustíos.

Cuando el conde Garci Fernández se volvió a Burgos, después de haber recorrido Castilla, Ruy Velázquez y Gonzalo Gustíos se despidieron de él para irse al alfoz de Lara, donde los dos tenían a sus mujeres. Por el camino se enteraron, de todo lo que había pasado. Se disgustaron tanto que no sabían qué partido tomar.

Al llegar a Barbadillo se separó don Gonzalo de Ruy Velázquez y se fue a Salas con su mujer y con sus siete hijos.

Cuando doña Lambra vio a su marido, salió a su encuentro arañándose el rostro, se echó a sus pies y le pidió por Dios que vengara la ofensa que había recibido de sus sobrinos. Díjole entonces su marido:

—Callad, doña Lambra, y no os aflijáis, que yo os prometo vengaros de modo que todo el mundo tenga que hablar de ello.

Entonces Ruy Velázquez mandó decir a Gonzalo Gustios que viniera a verle al día siguiente, porque tenía que hablar con él. Vino don Gonzalo con sus siete hijos, se encontraron entre Barbadillo y Salas y hablaron allí de la ofensa que doña Lambra había recibido. Hicieron las paces y los infantes pidieron a su tío que dijera quién tenía razón, mostrándose dispuestos a hacer lo que a él le pareciera más conveniente. Ruy Velázquez comenzó entonces a halagar a sus sobrinos con palabras falsas para que no recelaran de él.

A los pocos días envió de nuevo a decir Ruy Velázquez a don Gonzalo que viniera a verle, porque tenían que hablar de otras cosas. Al día siguiente, cuando se vieron, dijo Ruy Velázquez a Gonzalo Gustios:

—Cuñado, ya sabéis cuánto dinero gasté en mis bodas. El conde Garci Fernández no me ayudó tanto como yo esperaba. Vos sabéis que también Almanzor ⁷me prometió mandarme dinero. Si os parece bien, os agradecería que fuerais a Córdoba con cartas mías para Almanzor, le saludarais en mi nombre y le explicarais el mucho gasto que he tenido y lo necesitado que estoy de su ayuda. Yo sé que a él le agrada mucho conoceros y que os dará bastante dinero, que cuando volváis nos repartiremos entre los dos.

Don Gonzalo dijo que iría con mucho gusto. Ruy Velázquez, muy contento con esto, se volvió a su casa, donde se encerró con un moro letrado, al que mandó escribir en árabe una carta, que decía de este modo:

A vos, Almanzor, Ruy Velázquez os desea salud, como a amigo a quien mucho quiere. Os hago saber que los hijos de don Gonzalo Gustios, señor de Salas, que lleva esta carta, nos han ultrajado a mi mujer y a mí. Como no me puedo vengar de ellos como yo quisiera en tierra de cristianos, os envío a su padre para que me hagáis el favor de mandarle matar. Hecho esto, sacaré yo mis huestes, llevando conmigo a los siete hijos de don Gonzalo, y acamparé en Almenar. Sacad vos también vuestro ejército y venid cuanto antes a ese mismo sitio. Traeréis con vos a Viara y a Galve, que son los dos muy amigos míos. A los siete infantes, mis sobrinos, ¡os degollaréis: éstos son, entre los cristianos, los que peor os quieren. Muertos ellos, tendréis en vuestro poder toda Castilla, porque mis sobrinos son hoy el principal apoyo que tiene el conde Gara Fernández.

Escrita y sellada la carta, mandó Ruy Velázquez matar al moro para que no le descubriese. Después de lo cual montó a caballo y se fue para Salas. Al entrar en casa de su hermana doña Sancha, le dijo con hipocresía:

—Hermana mía, muy rico vendrá, Dios mediante, tu marido de Córdoba, adonde le envío. Espero que traiga tanto dinero que seamos ricos lo que todavía nos quede de vida.

Luego le dijo a don Gonzalo Gustios:

—Cuñado, puesto que habéis de partir, despedíos de doña Sancha y vayámonos juntos. Ya que Vilvestre os coge de camino dormiremos allí.

Despidióse don Gonzalo de su mujer, de sus hijos y de Nuño Salido, montó a caballo y se fue con Ruy Velázquez hacia Vilvestre. Hablaron aquella noche mucho los dos. Entonces le dio Ruy Velázquez la carta para Almanzor que había escrito el moro. Al día siguiente, muy de mañana, montó a caballo don Gonzalo, se despidió de Ruy Velázquez y de doña Lambra y siguió su camino.

Al llegar a Córdoba le fue a entregar la carta a Almanzor, diciéndole:

—Almanzor, vuestro amigo Ruy Velázquez os saluda y os ruega que le respondáis a lo que os dice en esta carta suya.

El moro abrió la carta y la leyó. Cuando vio la traición de Ruy Velázquez la rompió y le dijo:

—Gonzalo Gustios, ¿qué carta es ésta que me traéis?

—No sé, señor —respondió don Gonzalo.

—Pues yo os lo diré —continuó Almanzor—. Ruy Velázquez me pide que os mate, pero yo, que os quiero bien, no lo pienso hacer, sino que me limitaré a ponerlos en prisión.

Así lo hizo el moro y encargó a una mora de ilustre linaje que le sirviese.

A los pocos días de estar en prisión, sirviéndole aquella mora, engendraron un hijo que había de llamarse Mudarra González y que vengaría a su padre y hermanos. Dejemos ahora esto y volvamos a hablar de Ruy Velázquez, quien después que hubo enviado a Gonzalo Gustios a Córdoba, habló con los siete infantes y les dijo:

—Sobrinos, voy a deciros lo que pienso hacer. Mientras vuestro padre vuelve de Córdoba haré una entrada por tierra de moros y llegaré hasta el campo de Almenar. Si queréis venir conmigo me alegraré mucho; si no queréis, quedaos aquí y guardadme la tierra.

—Tío —contestaron ellos—, no estaría bien que vos salierais a combatir y que nosotros, vuestros sobrinos, nos quedáramos como si fuésemos unos cobardes.

—Mucho me agrada lo que decís—, contestó Ruy Velázquez.

Mandó entonces pregonar Ruy Velázquez por toda Castilla que los que quisieran ir en su hueste en busca de botín se prepararan y se fuesen sin perder tiempo a juntarse con él. Las gentes, cuando lo supieron, se alegraron mucho, porque Ruy Velázquez había sido siempre muy afortunado en todas sus empresas. Por eso fueron muchos los que quisieron irse con él. Entonces mandó decir a sus sobrinos con un escudero que se pusieran en camino y que él les esperaba en la vega del Hebros. Al oír esto los infantes se despidieron de su madre y se fueron muy de prisa detrás de su tío.

Charlando los siete con don Nuño Salido, llegaron a un pinar que había en el camino, a la entrada del cual oyeron unos pájaros chillar de un modo que era evidentemente mal agüero. Nuño Salido, que era muy entendido en materia de agüeros, se ensombreció al oír aquellos pájaros, se volvió a los infantes y les habló así:

—Hijos, os ruego que os volváis a Salas con vuestra madre, ya que no podéis seguir adelante con tales agüeros. Una vez que hayáis descansado en vuestra casa, comido y bebido, quizás los agüeros mejorarán.

Gonzalo González, el menor de los siete, le contestó: —Don Nuño Salido, no digáis eso, pues bien sabéis que aquí no vamos por nuestra cuenta, sino que es nuestro tío cabeza de la hueste y que los agüeros, buenos o malos, se refieren a él, que es el que manda a todos los demás. Vos que sois viejo, volveos a Salas, que nosotros queremos seguir adelante. Don Nuño Salido le contestó:

—Hijos, en verdad os digo que no me gusta que continuéis, porque los agüeros nos dan a entender que nunca volveremos a nuestras casas. Si queréis neutralizar tan malos agüeros, enviad a decir a vuestra madre que ponga siete catafalcos en medio del patio, los cubra con paños y os llore por muertos.

—Don Nuño —replicó Gonzalo—, hacéis muy mal en decir tales cosas y os buscáis la muerte. Os aseguro que, si no fuerais mi ayo, como sois, os mataría ahora mismo. Os prohíbo que en adelante habléis de este modo, ya que de ninguna manera vamos a volvernos.

Nuño Salido respondió con tristeza:

—En mala hora os eduqué, puesto que no queréis hacerme ningún caso. Ya que es así, y yo me vuelvo, nos despediremos, porque sé muy bien que no nos volveremos a ver más.

Los infantes, tomando a broma lo que les decía, se despidieron de él y siguieron. Don Nuño Salido se volvió a Salas y yendo por el camino pensó que hacía mal en abandonar a aquellos mancebos, que con tanto esmero había educado, por miedo a la muerte, y que no estaba bien que él, que era viejo y estaba por tanto más cerca de ella, la temiera más que los jóvenes. Si ellos tenían en poco a la muerte, en mucho menos la debía él de tener. Fuera de esto, si los infantes morían en la guerra y Ruy Velázquez volvía sano y salvo, le perseguiría y aun le mataría. Todo el mundo entonces le criticaría por haberse vuelto y la gente creería que era él quien los había llevado a la muerte y que por su consejo se había hecho aquello; no sería poca desgracia el haber sido estimado de todos en la mocedad y en la vejez verse deshonrado. Por lo cual se volvió de nuevo con los infantes, quienes después de haberse separado de su ayo anduvieron tanto que aquel mismo día llegaron al Hebros. Al verlos su tío los salió a recibir, les dijo que ya hacía tres días que los esperaba y les preguntó por qué no venía don Nuño Salido. Ellos le contaron lo sucedido y cómo se había vuelto amedrentado por los agüeros. Cuando Ruy Velázquez lo oyó, les dijo:

—Hijos, estos agüeros son muy favorables, porque dan a entender que ganaremos mucho botín y que no perderemos nada de lo nuestro. Muy mal ha hecho don Nuño Salido en no querer venir con vosotros. Quiera Dios que se arrepienta y que cuando quiera volverse no pueda.

Cuando estaban hablando llegó don Nuño. Los infantes, al verle, se alegraron mucho y le recibieron con mucho afecto, pero Ruy Velázquez le dijo:

—Don Nuño, siempre me habéis llevado la contra en todo. Mucho sentiría no vengarme de vos.

—Ruy Velázquez —replicó Nuño Salido—, a quien quiera que afirme que los agüeros que tuvimos eran favorables le diré que miente y que prepara alguna traición.

Nuño Salido hablaba de este modo porque sabía lo que Ruy Velázquez había dicho antes. Oyéndolo éste, se tuvo por afrontado y empezó a decir a grandes voces:

—¡Ah, vasallos! En mala hora os recibí bajo mi protección, puesto que oís ultrajarme a don Nuño Salido y no me vengáis. Se diría que ello os tiene sin cuidado.

Un caballero llamado Gonzalo Sánchez sacó entonces su espada y se dirigió a don Nuño Salido, pero Gonzalvico le salió al encuentro y de un puñetazo le hizo caer muerto a los pies de Ruy Velázquez. Éste, furioso, mandó a los suyos que se armaran, porque quería vengarse de sus sobrinos. Los infantes y don Nuño Salido, comprendiendo que su tío quería matarlos, se apartaron de él con doscientos caballeros que traían consigo y se pusieron en línea de batalla frente a las huestes que mandaba su tío. Al ir a atacarse unos a los otros dijo Gonzalo González a Ruy Velázquez:

— ¿Qué es esto, tío? ¿Nos sacáis de nuestra casa para ir contra los moros y ahora queréis que nos matemos de esta manera? Si estáis quejoso porque hemos matado a ese caballero os pagaremos los quinientos sueldos que establece el fuero⁸ para que esto se termine aquí.

Como vio Ruy Velázquez que aún no era el momento de tomar la venganza que había proyectado y que si los infantes se volvían a su casa no podría vengarse, le dijo a Gonzalvico que tenía razón. Con esto se avinieron, levantaron las tiendas y siguieron su camino hacia la frontera.

Al día siguiente madrugaron mucho, y tanto anduvieron que por la tarde llegaron al campo de Almenar. Cuando Ruy Velázquez con todos los suyos se hubo ocultado en un bosque que allí había, mandó a sus sobrinos que fuesen a recorrer el campo para coger el botín que pudieran y volverse luego donde él estaba. Ya él había mandado decir a los moros que sacaran a pacer sus ganados y que saliesen ellos al campo para atraer a los infantes y lograr que avanzaran por tierras de moros.

Los infantes iban a hacer lo que su tío les había mandado, pero Nuño Salido les dijo:

—Hijos, no os esforcéis por coger botín, que no os será de ningún provecho; si esperáis un poco lo cogeréis mucho mayor y con menos peligro.

En esto vieron venir más de diez mil moros a caballo. Gonzalo González dijo a su tío:

— ¿Quiénes son los que vienen?

—Hijos —les respondió—, no tengáis ningún miedo; yo sé lo que es. Yo he recorrido esta zona tres veces, cogiendo mucho botín y sin encontrar ningún moro que me lo impidiera, a pesar de que muchos venían, como éstos vienen, para asustarme. Bien podéis ir sin miedo; si fuera necesario, yo saldría a ayudaros.

Entonces Ruy Velázquez se apartó de ellos y se fue a hablar con los moros. Nuño Salido le siguió para oír lo que les decía. Al llegar a los moros, dijo Ruy Velázquez a Viara y a Galve, que los mandaban:

—Amigos, ahora es el momento de que me venguéis de mis sobrinos, que no han traído más de -doscientos caballeros consigo. Rodeadlos y matadlos. No podrán escapar, porque yo no pienso ayudarlos.

Al oír estas palabras, dijo don Nuño Salido:

— ¡Traidor! ¡Cómo has engañado a tus sobrinos! Mientras el mundo exista las gentes se acordarán de esta traición que has hecho.

Fuese entonces corriendo a decir a los infantes:

— ¡Armaos, hijos míos, que vuestro tío está de acuerdo con los moros para que os maten!

Todos se armaron y montaron a caballo sin perder tiempo. Los moros, que eran muchos más, formaron quince líneas y de este modo se dirigieron a los infantes. Nuño Salido les decía para animarlos:

—No temáis, hijos, que los agüeros que yo dije que eran contrarios, no lo eran, sino que nos daban a entender que venceríamos y cogríamos mucho botín. Yo quiero pelear en la primera línea. Desde este momento os encomiendo a Dios.

Puso don Nuño espuelas a su caballo y atacó a los moros con tanto brío que derribó y mató a muchos de ellos, pero éstos le hicieron tantas heridas que le mataron. Fue tan violento el choque y se atacaron los unos a los otros tan ferozmente que al poco rato ya estaba el campo lleno de muertos. Tan bien pelearon los cristianos que, venciendo la resistencia que oponían los moros, rompieron las dos primeras líneas y llegaron a la tercera. Murieron allí más de mil moros; de los cristianos no quedaron más que los siete infantes. Cuando éstos vieron que no había más que vencer o morir, encomendándose a Dios y al Apóstol Santiago, arremetieron contra los moros con tanto ímpetu que mataron a muchos e infundieron temor a todos los demás, pero eran tantos los moros que no había manera de acabar con ellos. Dijo entonces Fernán. González a sus hermanos:

—Tenemos que pelear con todas nuestras fuerzas, porque no tenemos aquí más ayuda que la de Dios. Ya que hemos perdido a Nuño Salido y a los demás compañeros nuestros hemos de vengarlos o morir matando. Cuando nos cansemos de pelear subamos a esa colina que tenemos delante y descansemos allí en lo alto.

Con esto volvieron a pelear con renovado brío. Aunque mataban a muchos moros, éstos mataron a Fernán González, que era el mayor de los siete infantes. Cuando éstos se cansaron de pelear subieron al otero. Limpias las caras de polvo y sudor, buscaron a su hermano Fernán González; al no verle se dieron cuenta de que había muerto.

Hallándose los infantes del todo perdidos resolvieron pedir treguas a Viara y a Galve y socorro a su tío, por si acaso éste lo quería dar. Concedidas las treguas, fue Diego González a Ruy Velázquez y le dijo:

—Tío, hacednos el favor de socorrernos, porque los moros, que ya mataron a Fernán González, a Nuño Salido y a los doscientos caballeros que venían con nosotros, nos aprietan mucho.

Ruy Velázquez le contestó:

— ¿Cómo queréis que me olvide de la afrenta de Burgos, cuando matasteis a Alvar Sánchez, y de la que luego hicisteis a mi mujer al matar al criado que se amparaba bajo su manto y manchar de sangre sus mismas ropas? ¿Y el caballero que matasteis a orillas del Hebro? Valientes sois; defendeos y ayudaos los unos a los otros, porque yo no os pienso ayudar.

Diego González se fue a contar a sus hermanos lo que había dicho. Estando los infantes en esta aflicción, tocó Dios el corazón de unos cuantos cristianos de los que estaban con Ruy Velázquez y unos mil se separaron de él para ir a socorrerlos. Cuando ya marchaban se enteró Ruy Velázquez y se fue detrás de ellos diciéndoles:

—Amigos, dejad a mis sobrinos que peleen solos, para que veamos todo lo que valen; ya les socorreré yo cuando sea necesario.

Volviéronse los caballeros, bien a su pesar, porque veían que allí había traición. Vueltos a sus tiendas, los que se preciaban más de valientes se juntaron de tres en tres y de cuatro en cuatro y, sin que Ruy Velázquez se apercibiera, juraron que quedaría por traidor el que no fuera a ayudar a los infantes y que, si Ruy Velázquez los quería hacer volver, como había hecho antes, le matarían. Acordado esto por unos trescientos, se fueron a uña de caballo hacia los infantes. Cuando éstos los vieron, temieron que fuera su tío que venía contra ellos. Los caballeros, al acercarse, les decían a voces:

—Infantes, no temáis, que venimos en vuestra ayuda y hemos resuelto vivir o morir con vosotros, porque ya vemos que vuestro tío os ha traicionado.

Cuando llegaron a ellos añadieron:

—A cambio os pedimos que sí salimos con vida nos defendáis de él.

Los infantes les hicieron tales juramentos que ellos quedaron muy satisfechos, y se fueron todos a atacar a los moros, entablándose una batalla tan reñida como no se había visto otra. Muy grande fue la mortandad que hicieron a los moros, antes de que muriese ninguno de los cristianos ya habían caído más de dos mil moros; pero éstos se rehicieron y, como eran muchos, mataron a los trescientos caballeros que habían venido a ayudar a los infantes, los cuales estaban ya tan cansados que no podían levantar los brazos para manejar las espadas. Viara y Galve, al verlos tan cansados y de nuevo solos, se apiadaron de ellos y los invitaron a ir a su tienda. Allí los hicieron desarmar y les dieron pan y vino. Cuando lo supo Ruy Velázquez se fue a Viara y a Galve y les dijo que hacían muy mal en dejar con vida a hombres como aquéllos y que él haría que les costara muy caro esto. Les dijo también que si los infantes escapaban con vida él no volvería a Castilla, sino que se iría a Córdoba para denunciarlos ante Almanzor y que les diera muerte. Al oír esto los moros se asustaron mucho. Gonzalo González dijo a su tío:

— ¡Ah traidor! Nos sacaste para combatir a los enemigos de la fe, ¿y ahora les dices a ellos que nos maten? Que Dios nunca te perdone esta felonía.

Viara y Galve dijeron entonces a los infantes:

—No sabemos qué hacer, porque si vuestro tío se va a Córdoba, como dice, se tornará moro y, como es amigo de Almanzor, nos podrá hacer mucho daño. Ya que no hay otro remedio, os sacaremos otra vez al campo y volveremos a combatir.

Los moros, puestos los infantes de nuevo en el campo y habiendo tocado sus atabales, vinieron sobre ellos tan apretados como las gotas de la lluvia, y empezó un combate tanto o más reñido que el anterior. Dicen que en poco rato los infantes mataron mil sesenta moros. Los seis infantes que aún quedaban, que eran muy valientes, lucharon muy bien y con mucho arrojo. Gonzalo González, que era el más pequeño, era el más esforzado de los siete hermanos... Los moros eran tantos que ya los infantes estaban cansados de herir y matar y no podían moverse ellos ni regir el caballo. Aunque estaban dispuestos a seguir peleando, no tenían espadas ni ninguna otra arma, porque las que llevaban se habían quebrado. Los moros, al verlos sin armas, les mataron los caballos y, ya en el suelo, cayeron sobre ellos, los apresaron y los degollaron uno por uno, en el mismo orden en que habían nacido, en presencia de su tío, el traidor Ruy Velázquez. Gonzalo González, cuando vio cortar las cabezas de sus hermanos, ciego de ira se lanzó sobre el moro que los degollaba y de un puñetazo dio con él en tierra, le quitó la espada y mató con ella más de veinte moros de los que estaban a su alrededor. Entonces los moros le rodearon y le degollaron. Muertos los siete infantes, como hemos contado, Ruy Velázquez se despidió de los moros y se volvió a Castilla. Los moros cogieron las cabezas de los infantes y de Nuño Salido y se fueron con ellas a Córdoba.

Viara y Galve, al llegar a Córdoba, llevaron las ocho cabezas a Almanzor', quien, mostrando pesar por aquellas muertes, hechas a traición, mandó que las limpiaran con vino y que extendieran una sábana blanca en medio de la sala para poner encima las cabezas, en el mismo orden en que habían nacido, y al lado de ellas la de Nuño Salido.

Hecho esto entró en la cárcel donde estaba preso Gonzalo Gustios, padre de los infantes, y le preguntó cómo se encontraba.

—Señor —le contestó el preso—, estoy muy bien, pues que venís a verme, lo que es señal de que me haréis merced y me mandaréis sacar pronto de aquí. Costumbre es de los grandes señores visitar al preso cuando le van a dar libertad. Almanzor respondió:

—Eso precisamente es lo que voy a hacer y por eso he venido a verte, pero antes te diré una cosa: yo envié mis tropas a Castilla, donde han luchado con los cristianos en el campo de Almenar. De allí me han traído como trofeo ocho cabezas de caballeros: siete son de muchachos, la otra es de un viejo. Quiero sacarte para que las veas y me digas de quiénes son; me han dicho que son gentes procedentes del alfoz de Lara.

—Si yo las viera—respondió don Gonzalo—, os diría quiénes son, pues no hay caballero ilustre en Castilla a quien yo no conozca.

Mandó entonces Almanzor que le libertasen. Hecho esto le llevó a donde tenía puestas las cabezas. Cuando Gonzalo Gustios las reconoció cayó en el suelo como muerto. Al volver en sí se puso a llorar, diciendo a Almanzor:

—Conozco muy bien estas cabezas: siete son de mis hijos, los infantes de Salas; la otra es de su ayo, don Nuño Salido. Dicho esto lloraba con tanto sentimiento que los presentes no podían contener las lágrimas, y cogía las cabezas una por una, recordando las buenas cualidades de cada uno de sus hijos. Después de esto, ciego de ira, cogió una espada que encontró a mano y mató con ella a siete moros de los que estaban con Almanzor. Los otros moros le sujetaron y le impidieron que continuara; él entonces le pidió a Almanzor que le matase, pero éste, compadecido, mandó que nadie le hiciese daño.

Estando Gonzalo Gustios con aquella congoja llegó la mora que la había servido en la prisión y le dijo:

—Ánimo, don Gonzalo, no lloréis más, que yo también tuve doce hijos, muy buenos caballeros, y también los mataron a todos juntos en la misma batalla. No por ello me desesperé. Si yo, que soy mujer, no me dejé vencer por el dolor, cuánto más lo debe hacer un hombre. No por mucho llorar resucitaréis a vuestros hijos. Almanzor dijo entonces:

—Gonzalo Gustios, he sentido mucho tu desgracia; por eso he resuelto no solo ponerte en libertad, sino darte lo que necesites para tu partida. Coge las cabezas de tus hijos y vete a tu tierra, donde tu mujer, doña Sancha, te espera.

—Dios os pague el bien que me hacéis y vuestras palabras de consuelo —respondió don Gonzalo—. Quiera Él que llegue alguna vez el día en que os lo pueda corresponder. La mora entonces le apartó y le dijo:

—Don Gonzalo, yo espero muy pronto un hijo vuestro. ¿Qué queréis que haga con él cuando nazca?

—Si fuese varón —contestó el caballero—, ponadle dos amas que le críen bien, y, cuando llegue a edad en que pueda discernir lo bueno de lo malo, decidle que es hijo mío y enviádmelo a Salas.

Tomó entonces un anillo de oro que tenía, lo partió en dos, le dio a ella la mitad y le dijo:

—Guardad en mi recuerdo esta media sortija. Cuando el niño sea mayor y me lo enviéis, se la daréis para que me la lleve y yo por ella le conoceré.

Después de haber concertado esto con la mora y de haber recibido de Almanzor lo necesario para su partida, se despidió de él y de los demás moros y se fue a Castilla.

A los pocos días la mora dio a luz un niño. Almanzor, al saber que era hijo de Gonzalo Gustios, se alegró y le mandó criar con dos amas, como su padre había mandado. Pusiéronle por nombre Mudarra González.

El año 968 cumplió Mudarra los diez años. Almanzor le quería mucho porque le veía, aunque tan niño, de muy buen juicio y de buenas costumbres. El mismo día que le armó caballero armó también a otros doscientos, que eran parientes de Mudarra González por parte de madre, para que le tuviesen por señor.

Cuando Mudarra llegó a la mayoría de edad era tan valiente y buen caballero que no había, fuera de Almanzor, otro mejor que él entre los moros. Cuando supo por Almanzor y por su propia madre la muerte de sus siete hermanos y cómo su padre había sido preso, les dijo un día a los doscientos caballeros que eran sus vasallos:

—Amigos, ya sabéis lo que pasó mi padre sin culpa alguna y cómo mis hermanos, los siete infantes, fueron muertos a traición. Ahora que tengo edad para ello he pensado ir a tierra de cristianos y vengarlos a todos. Decid qué os parece.

Ellos contestaron:

—Nuestro deber es acompañarte, servirte y obedecerte en todo lo que mandes.

Entonces se fue Mudarra a decirle a su madre que quería irse en busca de su padre para saber si vivía o había muerto y le pidió la señal que él le había dado para poderle reconocer. Su madre le dio la media sortija. Mudarra fue entonces a pedirle a Almanzor permiso para irse. Almanzor no solo se lo dio, sino que le dijo que se alegraba mucho de que fuera a hacer aquella buena acción. Le dio además más gente, armas y dinero. También le dio a algunos caballeros

cristianos que tenía cautivos y a muchos otros cristianos que no eran nobles. Mudarra entonces se despidió de Almanzor y de los demás moros y emprendió su camino.

Al llegar a Salas se dirigieron a casa de Gonzalo Gustios. Éste, al verlos, les preguntó quiénes eran. Mudarra, apartándose con él le dijo que era de Córdoba y que su madre le había contado que era hijo suyo y que le había dado, en prueba de ello, media sortija que traía consigo, la cual le enseñó. Don Gonzalo Gustios al reconocerla abrazó a Mudarra con mucha alegría.

Después de haberse quedado Mudarra González con su padre unos cuantos días, le dijo:

—Don Gonzalo, yo he venido aquí para vengar la muerte de los siete infantes, mis hermanos; es menester que no lo demoremos.

Se fueron entonces los dos con trescientos caballeros en busca del conde Garci Fernández. Al entrar donde estaba encontraron allí a Ruy Velázquez, a quien Mudarra desafió, junto con todos los de su casa. Ruy Velázquez le contestó que no tenía en nada sus amenazas y que no debía mentir delante del conde. Mudarra, al oírlo, echó mano a la espada y se fue hacia él, pero el conde no lo permitió y les impuso tres días de tregua, que fue lo más que obtuvo de Mudarra. Luego se despidieron todos del conde y se fueron a sus tierras, menos Ruy Velázquez, que esperó a que fuera de noche por no atreverse a salir de día. Mudarra lo supo y se fue a ocultar en el camino por donde Ruy Velázquez tenía que pasar. Al llegar éste salió Mudarra y se fue hacia él, gritando:

— ¡Aquí morirás, alevoso traidor!

Diciendo esto le dio con la espada un golpe tan fuerte que le llegó hasta la cintura y le dejó muerto. Se dice que también mató allí Mudarra a treinta caballeros de los que iban con Ruy Velázquez.

Después de muerto Garci Fernández cogió Mudarra a doña Lambra, que era su parienta, y la hizo quemar.

¹ Sucedió a su padre, don Sancho el Craso, bajo la tutela de su tía, la monja doña Elvira el 966. En 984 fue desposeído por su primo Vermudo III, hijo, quizás bastardo, de Ordoño III, elegido rey dos años antes por los condes gallegos, con quienes Ramiro se había enemistado.

² Alfoz es lo mismo que distrito o comarca. Como Salas de los Infantes, de donde Gonzalo Gustios era señor, se encontraba en el alfoz o distrito de Lara, población que era de Ruy Velázquez, los siete infantes, así llamados por ser hijos de familia noble, fueron posteriormente conocidos como infantes de Lara y no de Salas, que es como en realidad se denominarían.

³ El conde de Castilla Garci Fernández sucedió a su padre Fernán González el 970. Vencido en varias ocasiones por los musulmanes y hecho prisionero el 19 de mayo del 995, sobrevivió muy pocos días a esta última derrota.

⁴ Armazón o castillete muy elevado, contra el cual los caballeros lanzaban bohordos hasta desbaratarlo y echarlo al suelo.

⁵ Lanza corta arrojadiza, que se usaba en los juegos caballerescos.

⁶ Especie de pepino largo y torcido.

⁷ Abu Amir Muhammad ben Abí Amir, llamado al-Mansur o Almanzor, que quiere decir el victorioso, gobernó la España musulmana como primer ministro del califa Hisham II desde el 978 hasta su muerte, en el 1008. Obtuvo muchas victorias sobre los cristianos. En diferentes campañas tomó y destruyó las ciudades de Barcelona (985), Coímbra (987), León y Zamora (988) y Santiago de Compostela (997). La dependencia de los reinos cristianos con respecto a los moros y la intervención de éstos en los asuntos interiores de aquéllos llegó en esta época al grado máximo.

⁸ El Fuero Viejo de Castilla establecía, siguiendo al Fuero Juzgo, que el que mataba a un hidalgo podía avenirse con sus familiares, si éstos querían, mediante el pago de una caloña de quinientos sueldos. De ello procede la frase hecha, que se lee mucho en las ejecutorias: «hidalgo de solar conocido y de devengar quinientos sueldos».